

NOTICIAS DE LIBROS

ENRIQUE RUIZ GARCÍA: *Subdesarrollo y liberación*. Alianza Editorial. Madrid, 1973, 363 pp.

En el año 1968, y con el título de *El Tercer Mundo*, publicó Enrique Ruiz García un libro en el cual hacía una introducción completa al conjunto de los países que se consideraban principalmente como ex colonizados o como en trance de subdesarrollo. Entonces se había establecido ya el uso de englobar en dicho supuesto Tercer Mundo a la mayor parte de las naciones de Asia, Africa y América meridional, que no estaban comprometidas con las potencias anglosajonas ni con el sistema soviético. Por tanto, el contenido del referido mundo, de los más o menos neutros, se enfocaba sobre todo desde el punto de vista de lo político internacional en general y de las reacciones nacionalistas de los pueblos que no querían estar sometidos ni influidos.

El libro inicial de Enrique Ruiz García apareció en aquel ambiente de politización y reacciones de los ex colonizados, en los cuales se subrayaban las características de rebelión, nacionalización y no alienación. Aquel libro fue publicado en unos momentos en que se cerraba y completaba la etapa que simbólicamente se había abierto en julio de 1956, desde que en Egipto Gamal Abdel Nasser decidió nacionalizar el canal de Suez. Entonces se dijo que aquello iniciaba una «liquidación del imperialismo histórico»; sobre todo

porque la egiptización de aquella vía de agua mundial modificó la estructura de las alianzas, las represiones y las influencias.

Ahora, el mismo autor, en su nuevo libro sobre el desarrollo y la liberación, ha puesto al día y ha ampliado todo lo fundamental de la obra de 1968, pero añadiendo muchos factores nuevos que han hecho una obra más extensa y completamente diferente. En ella quedan integradas, en un conjunto aglomerado, las formas históricas del desarrollo y los rasgos del subdesarrollo; los nacionalismos, el colonialismo y el capital monopolístico contemporáneo.

En realidad, ahora es evidente que lo más característico del titulado o apodado Tercer Mundo es la exagerada, rápida y confusa mutación de sus conceptos y sus realidades. En el libro *Subdesarrollo y liberación* se subraya esa realidad de que su definición y su explicación responde a conceptos de significados equívocos. Se afirma que, por ejemplo en lo político, dichos conceptos se articulan sobre un verdadero cuestionario revolucionario que afecta a dos tercios de la humanidad, los cuales luchan por obtener el derecho a sus plenas expresiones y por la reforma de las estructuras procedentes de las articulaciones colonialistas e imperialistas. Por todo ello, lo más esencial no consiste en el análisis de las definiciones y los programas,

sino en una selección de los principales datos objetivos.

La acumulación de tales datos permite evitar varios tópicos corrientes, como, por ejemplo, el de que los pueblos del Tercer Mundo puedan definirse sobre todo por no estar incluidos ni en lo capitalista ni en lo socialista. Enrique Ruiz García recuerda el hecho relevante de que el 60 por 100 de la población de los países subdesarrollados —o sea, unos 1.700 millones de habitantes— se encuentra incluida dentro del contexto institucional y político de las economías de mercado, o sea, en el interior de los sistemas económicos capitalistas de explotación y distribución.

En general, el conjunto de los datos del referido libro de ampliación y especificación se distribuye en siete grandes sectores.

Son: el que muestra el problema del Tercer Mundo como el primer problema del planeta; el de la teoría y la práctica en el desarrollo y el subdesarrollo; el de las cuestiones que se derivan de la explosión demográfica; el de la toma de conciencia en los pueblos oprimidos; el del proceso de descolonización, tal como se produce en la práctica; el de los antecedentes y los resultados que produjo la Conferencia de Bandung, en abril de 1955, y el de los temas de las relaciones directas entre el desarrollo y la liberación. En este último quedan incluidas las formas de ayuda internacional en torno a la cuestión del desarrollo desigual, las cuestiones monetarias, las ecológicas y las utilidades de la liberación de la tecnología.

R. G. B.

DERÉK HOPWOOD: *The Arabian Peninsula. Society and Politics*. Allen and Unwin, Londres, 1972, 320 pp.

La británica «School of Oriental and African Studies» ha promovido la publicación de un conjunto de estudios sobre cuestiones modernas de Asia y Africa, recogiendo los textos de las conferencias que fueron durante varios días en el Middle East Centre del Colegio de St. Antony, en Oxford y en Londres. Dichos textos han sido revisados y presentados por el doctor Hopwood, quien además ha añadido unos estudios suyos sobre Arabia Saudita y el Yemen.

En estos estudios, la parte dedicada al reino arábigo saudí resulta muy útil y excepcionalmente oportuna, porque realmente escasean los trabajos de primera mano que analicen tanto la estructura orgánica de dicho Estado como las etapas principales de esa evolución. Sabido es

que el doble fondo nacional e ideológico del mayor país de la península de Arabia tiene la particularidad de que ha ido estableciendo poco a poco un sistema gubernativo y administrativo, basado sobre los principios legales del islamismo más austero y puritano. Su primer soberano y fundador del reino, Abdulaziz Ibn Saud (del cual recibió el país su nombre de «Saudita»), concibió e inició la articulación de su nación como una «teocracia beduina». Bajo su primer hijo y sucesor, el rey Saud Ibn Abdelaziz, llegó de pronto el auge petrolífero, con el cual la austeridad religiosa fundamental cedió el paso a un fausto del trono y una dilapidación, que dieron lugar a que los Consejos de dirigentes y notables acabasen por designar como nuevo soberano, en noviembre de

1964, al actual monarca Faysal Ibn Abdelaziz, hermano del rey anterior. Con Faysal la Arabia Saudita se ha consagrado, sobre todo, a objetivos prácticos de una modernización técnica y al desarrollo de las mejoras sociales.

También sobre Arabia Saudita, George Rentsy, antiguo consejero de la compañía petrolífera Aramco, hace un estudio histórico de la situación y la tradición antes de descubrirse el petróleo.

En cuanto a las relaciones interarábicas e internacionales de los distintos Estados y estadillos de Arabia peninsular, el doctor Kelidar es quien traza un resumen de los intentos que unos y otros han ejercido para los predomios políticos. En realidad, se señala la evidente paradoja de que la mayor parte de los líderes de los países arábigo-orientales han actuado buscando sus respectivas hegemonías, pero sus pugnas han sido en nombre de una «unidad árabe» ideal.

Fuera del sector de los países arábigos y arabizados, el imperio persa del Irán es objeto de un trabajo en el cual Mr. Burrell analiza los antecedentes de la labor hecha por los gobernantes de Teherán para recuperar una posición de hegemonía en el golfo Indico, después de haberse retirado las fuerzas navales británicas.

En cuanto al resto de la obra presentada por la londinense Escuela de Estudios Africanos y Orientales, no puede dejarse de señalar que se compone de cuatro partes coordinadas sobre la historia, lo internacional actual, la economía y la cultura. Esto corresponde a una lógica fundamental, puesto que la principal característica común de los países próximo-orientales y de los núcleos étnicos y sociales principales de los pueblos que allí habitan (generalmente desde siglos y siglos) es la supervivencia de muchos usos colectivos multiseculares dentro de los marcos sociológicos del siglo actual. Así resultan útiles unos estudios como el que en el referido libro aparece sobre supervivencias en el Cercano Oriente de los núcleos de tribus y de clanes que siguen las antiquísimas normas de las filiaciones comunales hereditarias.

Esos valores tradicionales permanentes componen un fondo necesario para comprender el substrato ideológico y sociológico sobre el cual contrastan los efectos de las transformaciones políticas regionales que componen lo que se ha dado en llamar «Revolución Árabe». Sobre la cual influyen de modo decisivo los factores ambientales.

R. G. B.

JUAN ANTONIO CARRILLO SALCEDO: *Textos básicos de Naciones Unidas*. Editorial Tecnos, Madrid, 1973, 359 pp.

Desde hace mucho tiempo resulta un hecho evidente la necesidad de que el mayor número posible de personas cultas en las diferentes naciones y los diferentes pueblos conozcan y asimilen la mayor parte de los principios básicos proclamados por la Carta de las Naciones Unidas, así como su posterior desarrollo paulatino a través de la evolución en la práctica de la orga-

nización mundial. Está demostrado que para obtener efectivamente la cooperación y la paz a escala internacional es necesario que los esfuerzos coordinadores y pacificadores no se reduzcan a los arreglos políticos oficiales, así como a los económico-financieros; ni se apoyen solamente en el orden jurídico y los sistemas institucionales. Lo esencial es que todos los

hombres cooperen con su adhesión y su acción personal a los principios de convivencia y cooperación internacional, cada uno en la medida de sus posibilidades. Pero para ello es naturalmente necesario conocer y comprender claramente cuáles son los principios esenciales según los cuales se ha formado y funciona la Organización de las Naciones Unidas. En este sentido resulta muy útil la recopilación de textos esenciales hecha, presentada y explicada por el señor Carrillo Salcedo.

Al principio, se destaca, como uno de los factores de urgencia que han impulsado la referida recopilación, la paradoja de que muchos de los hombres que se esfuerzan en desempeñar lo mejor posible el papel de ciudadanos dentro de sus respectivos países parecen contentarse con la simple condición de súbditos en el plano internacional. El señor Carrillo Salcedo cree que los efectos de ese desentenderse pueden ser muy graves por diversas razones. Entre ellas la de que la fuerza de las alineaciones individuales puede llegar a ser tan intensa en países y pueblos enteros. Precisamente cuando parece estar demostrado que la estabilidad del conjunto de las relaciones internacionales mundiales reclama la extensión y el desarrollo de un mínimo de conocimientos de ingredientes internacionales en la cultura cívica de cada uno.

El libro sobre los textos básicos de las Naciones Unidas consta de ocho grandes apartados. El primero contiene los textos constitutivos: o sea, la Carta de la Organización de las Naciones Unidas y el Estatuto del Tribunal Internacional de Justicia. El segundo apartado se refiere a los derechos humanos, y contiene los siete acuerdos aprobados y proclamados sobre la materia; entre ellos, la Declaración universal de derechos del hombre. El tercero detalla todo lo establecido sobre el derecho de los

pueblos a la independencia política y económica. El cuarto trata de la independencia y soberanía de los Estados, así como de la no intervención en sus asuntos internos. El quinto, de la cooperación económica y social. El sexto, del mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. El séptimo, de las cuestiones referentes al desarme. Y el octavo, de la interpretación de la Carta de la ONU, después de que transcurrieron sus primeros veinticinco años.

En realidad, uno de los mayores inconvenientes que se han señalado respecto a que hasta ahora no era fácil tener una información suficiente sobre la ONU era el hecho de que como asociación de Estados soberanos, cuyas opiniones suelen diferir sobre muchas cuestiones, la información no puede tener carácter de propaganda de la organización mundial. Desde ella misma sólo se puede tratar de explicar los motivos de las medidas y las resoluciones que se van adoptando. Por eso resalta el interés de la publicación de una colección de textos básicos en la cual se trata de recoger los principales resultados alcanzados por las Naciones Unidas a lo largo de tantos y tan penosos esfuerzos.

El autor del libro sobre los textos básicos de las Naciones Unidas ha querido reflejar en gran parte el proceso de transformación y de cambio. Por eso, junto a los textos constitutivos de la Organización, recoge otros relacionados con derechos de los pueblos a la independencia política y económica, independencia y soberanía de los Estados, cuestiones de desarme, etc. Todos los textos han sido seleccionados y ordenados en torno al significado y la aportación de las Naciones Unidas para la construcción de la paz.

R. G. B.

JOSÉ SANCHO: *Unión económica y aduanera: su coincidencia necesaria*. Editorial Universitaria Centroamericana, San José de Costa Rica, 1970, 144 pp. (Colección Integración). GUILLERMO MOLINA CHOGANO: *Integración centroamericana y dominación internacional: un ensayo de interpretación sociológica*. Editorial Universitaria Centroamericana, San José de Costa Rica, 1971, 96 pp. (Colección Integración).

Ambos pequeños libros podrían calificarse de deterministas y ambos están referidos a la integración centroamericana (con exclusión de Panamá). José Sancho, en un razonamiento histórico y casuístico, demuestra cómo a la larga las integraciones aduaneras suelen desembocar en integraciones económicas y hasta políticas. Pero también reconoce que, «con frecuencia, se observa que los pronósticos más racionalistas son superados o desvirtuados por los acontecimientos». En la primera parte trata de abrirse camino apoyándose en ejemplos empíricos, desbrozando previamente los conceptos básicos, que son: zona de libre comercio, mercado común, unión aduanera y unión económica. En un apartado nos presenta dos casos sin éxito: el del Imperio austro-húngaro y el de la República Federal Centroamericana (1824-1838). Son dos casos verdaderamente contrapuestos casi en todo, excepto en el vínculo religioso. Decir que Centroamérica apenas si contaba un millón de habitantes en la época, con menos de medio millón de kilómetros cuadrados, con ciudades irrisorias (San José de Costa Rica apenas superaba los 3.000 habitantes), lo mismo potencia la tesis de que la unión era tanto más necesaria, o que, puestos a desintegrarse, se volviera al primitivo estado precolombino (que en definitiva es lo que ocurre a una gran masa de población india actualmente, al menos a efectos de integración nacional en sentido tal). La segunda parte trata de la Unión Aduanera Centroamericana de nuestros días, señalando como problemas más importantes, a efectos de unión económica, las diferen-

cias en el desarrollo de los distintos miembros, el estrangulamiento del sector externo de las economías y la situación fiscal, señalando los remedios para subsanarlo.

El otro libro, en cambio, es más profético en su determinismo y plenamente inconvincente, a pesar de haber obtenido el primer premio en un certamen cultural centroamericano. La clave de la desunión centroamericana hay que buscarla en la dominación y dependencia extranjera, es decir, estadounidense. Si sólo esto fuera, ¿por qué el capitalismo internacional, encabezado por Wall Street, se empeña en engrandecer y fortalecer Brasil, convirtiéndolo en un verdadero gigante y no sólo de nombre, en vez de procurar contenerlo y de ser posible triturarlo? Sin negar este problema de dependencia, éste pasa a ser un factor secundario, en todo caso, después de las familias estratégicas que dominan todos y cada uno de los países de la región. Centroamérica se autotrituró, y no fue triturada desde fuera. Es más, desde fuera se consintió en el establecimiento de un mercado común, y hasta se hizo lo posible por impedir el conflicto entre El Salvador y Honduras. Los datos que el autor utiliza son atrasados. Decir que todo es neocolonial, etc., es decir que dos y dos son cuatro. Muchos estados de todo el mundo están en situación neocolonial y, sin embargo, no pasan por donde discurre Centroamérica. En tal caso, lo más probable es que en la propia Centroamérica—es decir, en todos y cada uno de los países que la forman— haya que buscar las causas profundas y no sólo las apariencias de las causas.

Ambos libros traen una amplia bibliografía, pero no creo que sean demasiado gloriosos a efectos informadores, teniendo en cuenta los excelentes estudios que sobre esta región se han realizado ya, sobre

todo por autores centroamericanos, a veces en forma de tesis doctoral posteriormente publicada.

T. M. V.

JORGE ALBERTO LOZOYA: *El ejército mexicano (1911-1965)*. El Colegio de México, Centro de Estudios Internacionales, 1970, 128 pp. (Colección Jornadas, núm. 65).

Este librito no contrasta demasiado dentro de la abigarrada colección que lo publica. Si los estudios de las fuerzas armadas de los países subdesarrollados, y especialmente iberoamericanos, está sociológicamente de moda, no lo está tanto el estudio de países concretos. La obra que reseñamos, a pesar de la nutrida bibliografía que se presenta, deja demasiadas cosas ausentes. El período realmente abarcado es desde la Revolución hasta finales de los años cincuenta. Un capítulo introductorio habla de los ejércitos en la historia de México (españoles incluidos) hasta la Revolución de 1910.

Madero, el primer presidente revolucionario (o de la Revolución, que no es lo mismo), fue un idealista crónico que creía sólo en la fuerza moral y en la decencia de los hombres. Tras su asesinato, el general Huerta demostró que se podía hacer con un ejército que en el fondo, y hasta tal vez en la forma, había seguido siendo porfirista. Por eso, los hombres que entre 1913 y 1917 (año este último de la Constitución mexicana y de reencontrada unidad nacional) defendieron e hicieron la Revolución no eran militares de carrera. Lucharon por cuestiones políticas y sociales, y muchos terminaron en la jerarquía militar ya constitucionalista, pero no conservaron la mentalidad militarista (Calles, Cárdenas, Avila Camacho...).

No es de extrañar que tanta sangre obligase los deseos de evitar a toda costa el

resurgimiento del espíritu porfirista en el ejército, y a ello dedicaron toda su atención los gobiernos posrevolucionarios. Las facciones pudieron ser dominadas. Aun al tratar de la profesionalización de los militares, se hizo todo lo posible para que el espíritu revolucionario no quedase relegado. Luego, para conseguir la reducción del ejército sin crear desórdenes, se dieron una serie de estímulos y compensaciones. Pero, aun así, en 1929 tuvo lugar la última sublevación militar numéricamente importante (la rebelión de Cedillos de unos años más tarde tenía intencionalidad política). Tras ella se creó el Partido Nacional Revolucionario, antesala del actual Partido Revolucionario Institucional (PRI).

A mediados de los treinta, la imagen del tumultuoso México comenzaba a desaparecer. Fueron luego los años en que parecía inminente un choque directo contra los Estados Unidos a propósito del petróleo nacionalizado. Una gran novedad fue la incorporación de los militares al partido. Cárdenas y Avila Camacho trabajaron para conseguir que los civiles se hicieran con el aparato del Gobierno, comenzando por la Presidencia.

En mayo de 1942, México declaró la guerra a las potencias del Eje, si bien militarmente sólo Brasil combatió entre los Iberoamericanos. En 1945, Miguel Alemán, un civil, llegaba a la Presidencia.

Las fuerzas armadas mexicanas han sido verdaderamente el puntal de un régimen

que se ha encaminado crecientemente hacia la derecha hasta tener que intervenir en vísperas de los Juegos Olímpicos. El presidente las exculpó y aplaudió públicamente. México es, entre los grandes países iberoamericanos, el que menos gasta en defensa nacional, y en donde el ejército

está más despolitizado. Esto era así al menos en el período que cubre el libro. Luego sabemos que han surgido guerrillas. La Revolución de hace medio siglo ha dado el giro completo.

T. M. V.

TIMOTHY KING: *México: industrialization and Trade Policies since 1940*. Oxford University Press para la OECD, Londres, Nueva York, Toronto, 1970, xii-160 pp. (Col. Industry and Trade in some Developing Countries).

El hecho de que el estudio se haga arrancar de 1940 es debido que a partir de entonces los datos estadísticos se hacen más continuos y seguros. En los últimos treinta años, la República mejicana ha tenido uno de los mayores y más sostenidos crecimientos económicos del mundo, y muy probablemente de todo el mundo subdesarrollado. Su PNB ha crecido a un ritmo superior al 6 por 100 anual, todo ello acompañado de un alto nivel de estabilidad económica, sobre todo en los últimos veinte años. Desde mediados de los años cincuenta no ha habido devaluación, la moneda nacional ha sido convertible y la inflación se ha mantenido dentro de unos límites bajos.

El sector privado ha sido el principal factor del crecimiento (sobre todo la industria manufacturera), pero el Gobierno mejicano no ha permanecido en modo alguno alejado de la esfera económica; todo lo contrario, ya que, dentro de una economía básicamente capitalista, ha sido inversor, financiero o empresario. Su legislación económica ha sido abundante. Todo esto es objeto de estudio en esta obra, referido al impacto y consecuencias para la industria.

En un capítulo previo, se hace un somero recorrido de la industrialización del país antes de 1940. En el siguiente se sin-

tetiza las políticas seguidas por cada uno de los cinco presidentes (es decir, desde Avila Camacho hasta Díaz Ordaz). En el tercero, el marco político de conjunto.

El Gobierno de Méjico es consciente de lo conseguido, y de su deseo de proyectarse internacionalmente lo expresan los últimos Juegos Olímpicos. Sin embargo, mucho del crecimiento económico del país se debe a las inversiones extranjeras, principalmente norteamericanas. A pesar de los controles oficiales, muchos sectores del país hablan de «desmexicanización» de la economía. Porque el hecho de que se tengan que transferir el 51 por 100 de las inversiones a manos mejicanas no significa necesariamente que el inversor extranjero pierda el control de la empresa. Existe, con todo, una desconfianza entre Gobierno e inversores extranjeros, pero también sus relaciones van desenvolviéndose en una especie de coexistencia pacífica.

El Estado ha ido desarrollando una política de industrialización, dotándose de la legislación en vigor, de diversa índole. Como muchos de los países subdesarrollados, sobre todo iberoamericanos, que pasan por semejante momento, se ha puesto especial empeño en fomentar la industrialización que pueda ahorrar importaciones, cuando en ciertos aspectos sería más rentable poner énfasis en industrias que re-

percuten en las exportaciones. Sin embargo, en los últimos lustros, la balanza de pagos no ha tenido dificultades. Con todo, el crecimiento no ha sido panacea para el

conjunto de la población, cuya explosión es uno de los problemas más a tener en cuenta por el poder.

T. M. V.

STUART DE LA MAHOTIERE: *Towards One Europe*. Penguin Books, Harmondsworth, 1970, 332 pp

Entre la catarata de libros sobre la integración o unidad europeas, éste es uno de los buenos, conciso y concreto, con información fáctica abundante, esperándose que el lector decida por sí mismo. El autor —su nombre y apellidos lo descubre sólo un poco— es altamente adecuado para tratar el tema, pues, aunque británico, parece europeo por su *curriculum* y su educación. Es periodista, político y un experto en finanzas.

Este, como muchos otros sólidos libros, podrían considerarse un tanto superados si se les examina desde el punto de vista de cuando se escribieron, ya que a partir de entonces la crisis del dólar y del sistema monetario internacional, la anunciada entrada de Gran Bretaña (y de algunos miembros de la AELC) en la CEE, no sólo se han planteado definitivamente, sino que han encontrado líneas de solución. Pero precisamente lo que hace de un libro que sea bueno o no (en el sentido de circunstancial) es que el avance de los acontecimientos no lo desmienta, sino que lo ratifique. Es lo que ocurre en este caso.

Tras insertar una amplia cronología del avance de la unidad europea —y atrancamientos y desatrancamientos— desde 1946 hasta 1970, comienza el libro, que consta de una docena de capítulos, arrancándose normalmente cada uno desde la posguerra mundial, estudiándose en principio el conjunto de Europa occidental, y no sólo los países que se integran en el Mercado Común.

Los primeros ocho capítulos son básicamente económicos y monetarios: el renacimiento económico de Europa, cooperación monetaria y económica, estructura de la industria, el *gap* tecnológico, la política agrícola común, las industrias principales (acero, productos químicos, automóvil), la política común del transporte, las relaciones comerciales de la CEE con países no miembros. Desde luego, como la crisis monetaria internacional comenzada en el verano de 1971 (apenas superada, nuevos acuerdos poco antes de terminar el año) demuestra, la complejidad de su problemática es extraordinaria, y muchas veces tuvo que resolverse en algunas de sus facetas con la práctica de medidas antagónicas con ciertas teorías admitidas. Por eso al autor puede imputársele no haber sido un profeta, pero son muchos los profetas que han naufragado. En realidad, para lanzarse a cierto tipo de lecturas es mejor ir pertrecho de un mínimo bastante elevado de conocimientos sobre aspectos concretos y claves de la materia.

Los últimos capítulos son más claramente políticos, tratando de la defensa de Occidente, el futuro de la OTAN, la organización política de Europa, concluyendo en cómo funciona la CEE (una forma de decir también cómo no funciona en ocasiones).

Una lista de abreviaturas acompaña la obra, de la que esperemos una buena puesta al día en una nueva edición.

T. M. V.

ROY D. y BETTY A. LAIRD: *Soviet Communism and Agrarian Revolution*. Penguin Books, Harmondsworth, 1970, 158 pp.

Los autores son conscientes de la explosión demográfica en ciertas regiones del mundo mientras que la producción de alimentos incrementa la distancia con las reales necesidades. El libro se concentra en las influencias negativas de la doctrina y prácticas comunistas sobre la crisis en la producción de alimentos, tan arraigadas que se convierten en «falsos mitos», que distorsionan u ocultan una parte importante de la verdad, que tiene que ser puesta de manifiesto si quiere evitarse una calamidad de proporciones mundiales. Los propios países comunistas, empezando por Rusia, han tenido quebrantos en la producción de alimentos, pero también el ejemplo de crear tremendas granjas colectivas y estatales emulando a Cuba o China deben descartarse.

La influencia comunista, en su teoría y su práctica, es grande en cuestiones agrarias sobre otras partes del mundo, por una serie de razones: la mayoría de la población vive en países subdesarrollados, que, a pesar de concentrarse en la agricultura, está mal alimentada; sus líderes ven grandes atractivos en el modelo soviético. Las revoluciones comunistas han tenido éxito en sociedades predominantemente agrarias; irónicamente, la agricultura sigue siendo uno de los mayores problemas internos de los países comunistas, cuyas clases dirigentes proceden casi siempre del medio urbano.

El condensado y valioso libro consta de tres partes, precedidas de un amplio pre-

facio: las dos primeras se centran en la URSS, desde Lenin hasta nuestros días, abordando la política y el mito y el potencial de la colectivización. Cada capítulo va bien pertrecho de cifras. La parte tercera trata de las «dimensiones internacionales», principalmente del impacto de las experiencias comunistas en el llamado «Tercer Mundo», si bien concluyendo que las avanzadas tecnologías de las agriculturas occidentales, comenzando por la americana, no son aplicables a sus problemas.

Tres de los más importantes axiomas de la ciencia política constatan que hoy en día las masas hambrientas de las naciones subdesarrolladas se han convertido en la fuerza política más importante del mundo: 1) las necesidades económicas básicas son los determinantes primarios de las diversas políticas; 2) si estas necesidades se ignoran sistemáticamente, se produce una situación revolucionaria; 3) las políticas internacionales son, ante todo, una extensión de los intereses domésticos sobre la escena mundial. En principio, estos axiomas no son objetables, si bien en unos puntos actúan radicalmente y en otros apenas si se notan.

No se ahorran críticas contra las políticas USA, donde la Alianza para el Progreso se traiciona y corrompe con las ayudas militares y el desembarco de *marines* en la República Dominicana, y donde la mil veces prometida y nunca realizada reforma agraria en Vietnam es el substrato en que se ha apoyado la guerra.

T. M. V.

NOTICIAS DE LIBROS

HERBERT L. MATTHEWS: *Castro: A Political Biography*. Penguin Books, Harmondsworth (Inglaterra), 1970, 377 pp. (A Pelikan Book).

RENÉ DUMONT: *Cuba est-il socialiste?* Editions du Seuil, París, 1970, 256 pp (Colección Politique, 36).

Aunque son numerosos los libros sobre Cuba castrista, pocos han sido tan omní-comprensivos y penetrantes, comprometidos y a la vez realistas, como estos aquí presentados, dándose igualmente la circunstancia de que ambos autores han sido, si no son, amigos personales de Fidel Castro, lo que no obsta para que en el caso del francés tenga su libro prohibido en la revolucionaria isla. Matthews fue durante muchos años periodista del *New York Times*, desde donde potenció la aventura castrista en sierra Maestra. Ha escrito otros libros sobre Cuba. Dumont es el conocido ingeniero agrónomo que tantas obras tiene sobre el Tercer Mundo y que tan mal comprendido ha sido por ese mismo Tercer Mundo, al creer que su mejor ofrenda es hacerle críticas constructivas, como su profesión requiere, y no ofrecerle ditirambos como el ala poética de la izquierda.

Un tercio de la biografía de Castro trata de Fidel desde la cuna hasta su entrada en La Habana en 1959, previo paso por la cárcel y sierra Maestra. A partir de aquí, y más dado el sistema castrista, la biografía de Castro se confunde con su obra revolucionaria, la historia de Cuba revolucionaria. Es precisamente donde empieza la obra de Dumont, si bien ésta se circunscribe más a la obra económica y la planificación. Ambos ponderan y dan

por buena la obra del gran líder cubano. René Dumont, centrándose en su propia materia, critica abiertamente el voluntarismo del desarrollo económico cubano, fruto a su vez de la falta de institucionalización del partido comunista, que se identifica virtualmente con la persona del propio Fidel. Critica acerbadamente la monomanía de los 10 millones de toneladas de azúcar, que en cualquier caso distorsionaría negativamente el resto de las producciones, a lo cual Castro tuvo que hacer caso tras su fracaso. Demasiados militares y mentalidades militares dirigen aspectos nada militares de la revolución, lo que engendra burocracia e incompetencia, máxime cuando todo deriva en demasía de la voluntad de un líder.

Es precisamente en los últimos dos o tres años que Castro ha variado sensiblemente su política, sobre todo con respecto a Iberoamérica, fruto de ciertos desengaños y un mayor realismo, aunque éste haya sido forzado en lo que cabe por la Unión Soviética, que es quien carga con los déficits.

En suma, dos magníficas obras de dos admiradores de Castro y su revolución, pero que, sobre todo Dumont, dice lo que cree que está mal y cómo podría hacerse mejor.

T. M. V.

CHRISTOS ACHILLE THEODOULOU: *Greece and the Entente (August 1, 1914-September 25, 1916)*. Université de Genève, Institut Universitaire de Hautes Etudes Internationales, 1971, xxiii-380 pp. (Tesis núm. 203).

Las tesis publicadas por este alto centro de estudios internacionales son de una cualidad incuestionable. En el presente caso no hay excepción. El autor, con esa tesis, elevado a doctor en Ciencias Políticas, es chipriota (chipriota-griego, desde luego). El sujeto de la investigación era bien conocido. Por eso el autor declara que apenas si quiere aportar materiales nuevos. Se trata que hasta ahora las obras publicadas sobre la posición de Grecia en la I Guerra Mundial han sido de tergiversación, querida o no. Hasta ahora, las obras podían clasificarse, casi sin opción diferente, entre «venizelistas» y «realistas», es decir, tratando de justificar la posición intervencionista del famoso primer ministro o bien la neutralista del rey Constantino.

Con esta tesis el autor trata de demostrar que desde 1830, con el advenimiento de la independencia griega, el mayor impedimento para el progreso nacional ha sido la intervención de las grandes potencias, especialmente de las «potencias protectoras» (Inglaterra, Francia y Rusia), que ayudaron decisivamente en la independencia. En lo que se ha llamado avisero balcánico, Grecia no constituye excepción en este intervencionismo generalizado, hecho posible por las apasionadas rivalidades entre los estados que consiguieron la independencia de los turcos. Bulgaria habría sido el foco que hubiera unificado los odios de todos sus vecinos, hasta el punto que, íntima de Rusia, no ha dudado en alinearse del lado germánico en ambas guerras mundiales (aunque en la última no se mostrara activamente antirrusa). En los años inmediatos a las guerras balcánicas, Grecia era —Montenegro aparte— el más débil de los países balcánicos. En realidad, estaba en bancarrota nacional. Tras una breve

introducción en que se establecen estos hechos, comienza el libro propiamente dicho.

El pleito mal resuelto de las dos guerras que en los Balcanes precedieron a la I Guerra Mundial resucita y viene a empalmar con ésta. La estratégica y fuerte posición búlgara es apetecida por todas las grandes potencias, pues ella impide la junción de los germanos (con austriacos) y los turcos, que ya están en guerra. A su vez, la resistencia servia impide la junción con los potenciales búlgaros. Cuando éstos deciden entrar en guerra, atacando a los servios, los anglo-franceses desembarcan en la griega Salónica para cubrir su retirada y salvar lo salvable. El intermitente primer ministro griego (nacido en Creta) Venizelos quiere cumplir el tratado de alianza con Servia, pero el rey es más cauto. En sendos memorándums al monarca (que se insertan como anexos) hace constar que Grecia tiene una ocasión única en la historia, aunque la guerra se perdiera, porque en todo caso los imperios centrales procederán a rediseñar el mapa de la región. Si entra en guerra Grecia, podrá salvar el helenismo en Asia Menor. Ya sabemos cuál sería su resultado tras la guerra europea. El asalto aliado no ofrece dudas para el autor: constituye una flagrante violación de Grecia, como Bélgica pudo haberlo sido por los alemanes. Si algo de malo tiene este libro, es que el autor no se ofrezca él mismo a continuar su exposición hasta el final de la guerra (11 de noviembre de 1918). Esperemos que alguien de semejante competencia recoja el reto. Con toda su claridad, las sombras ofrecidas por la inmensa complejidad balcánica se ponen de relieve, como siempre.

T. M. V.

JAMES PARKES: *Whose Land? A History of the Peoples of Palestine*. Penguin Books, Harmondsworth (Ing.), 1970, edición revisada, 334 pp.

El autor, cristiano, es versado en la historia del pueblo judío, sobre la que ya ha publicado un libro, y de la terrible problemática de esta encrucijada de pueblos, intereses, religiones, odios e injusticias que es Palestina. La obra aquí reseñada fue publicada originalmente en 1949, si bien escrita antes del abandono británico de Palestina, el 15 de mayo de 1948, fecha que los judíos proclamaban el Estado de Israel y comenzaba la primera guerra con los árabes. La edición actual no sólo ha situado la temática hasta después de la Guerra de los Seis Días, sino que ha revisado a fondo la obra. Parkes es pro sionista, y desprecia —es evidente— el Islam. Si cierto progreso ha habido en las disputadas tierras ha sido por invasores no musulmanes —árabes o turcos—, es decir, persas, cruzados, ingleses, aparte, naturalmente, de la propia población judía. Muchas de sus aseveraciones no estarán fundamentadas documentalmente, dándolas el autor por supuestas.

En este sentido, engaña un tanto la precaución del título, precaución que el propio autor pone de relieve (la primera edición la había titulado *A History of Palestine from 135 A. D. to Modern Times*), preguntándose de qué territorio se trata: «la Tierra de Israel», «la Tierra Prometida», «la Tierra Santa», «Palestina», pues cada nombre tiene un énfasis o decantamiento en favor de una u otra hipótesis. Por eso lo llama *The Land* («La Tierra»), excepto cuando Palestina era el título correcto, o sea, cuando era provincia romana tras la segunda guerra judía hasta la conquista árabe, y luego durante el mandato británico.

Insiste en que «La Tierra» es madre de dos religiones, la judaica y la cristiana, lo que establece un contacto singular con la tercera exógena, la musulmana. Consta el libro de cuatro partes: la primera de ellas, titulada «Los hacedores de la historia», que incluye los pueblos de las tres religiones; la segunda trata de analizar el significado de estas tres religiones; la tercera, «Reajuste moderno», de Napoleón hasta la I Guerra Mundial, con el asentamiento de los primeros sionistas; la última parte, «La restauración del equilibrio», trata a partir de la I Guerra Mundial y sus efectos, mandato británico y la formación del Estado de Israel con todas sus consecuencias. Acompaña una bibliografía escueta, que el autor quiere que sea lo más objetiva posible, en una cuestión tan apasionadamente debatida. Aunque el propio Parkes se queda en las puertas de este apasionamiento sin entrar en él, su postura es claramente pro judía en su versión más agresiva, es decir, pro sionista, favoreciendo y justificando el nuevo Estado, sin que se aferre necesariamente a sus últimas fronteras, pero nada de retiradas incondicionales. Tiene la virtud de ser un libro realista, en el planteamiento actual de lo irreparable, presentando el caso de Israel. Son muy de agradecer los numerosos mapas que ilustran las distintas etapas históricas de los asentamientos y distribuciones de «La Tierra». Añadamos que James Parkes fue presidente de la Jewish Historical Society británica de 1949 a 1951.

T. M. V.

SIPRI (Stockholm International Peace Research Institute): *The Near-Nuclear Countries and the NPT*. Estocolmo, Nueva York y Londres, 1972, vi-123 pp.

Esta excelente monografía del ya famoso Instituto sueco es una versión corregida y aumentada del capítulo 9 del Anuario SIPRI de 1972 (cuyo índice completo se incluye), así como del capítulo 10, reproducido. Consta de tres secciones y seis apéndices. La sección primera sitúa el marco del tema, es decir, la cuestión de la proliferación nuclear y el tratado para contenerla. Todos los gobiernos han abogado por una política global para evitar la diseminación de los ingenios atómicos bélicos, aunque a veces hagan excepción de su propio caso, considerando que, a mayor número de países poseedores de armas nucleares, mayor será el riesgo de una catástrofe nuclear. Cualquiera que sea la dialéctica de los cinco países poseedores de ellas, el caso es que han tenido que lograrlas por sus propios medios, sin ayuda decisiva aliada, y se muestran todos adversos o recalcitrantes en suministrar conocimientos que pudieran conducir a otras potencias a seguir su ejemplo. El Tratado de No Proliferación estuvo negociándose desde 1961, firmándose el 12 de junio de 1968 y entrando en vigor el 5 de marzo de 1970, tras haber sido ratificado por los tres estados depositarios (Estados Unidos, URSS y Reino Unido) y otros 40 estados. En el límite de dos años se estipulaba un acuerdo de salvaguardias entre cada país firmante y la Agencia Internacional de Energía Atómica, sin que hasta la fecha se haya concluido.

El *quid* de la cuestión estriba en que no puede detenerse la investigación atómica para fines pacíficos, teniendo en cuenta que es una energía de utilización crecien-

te y hasta posiblemente la básica para un futuro no tan lejano. Y quien quiera que posea esa tecnología puede aplicarla a usos bélicos. Por tanto, por cada año que pasa, el número de países-potencias en proporcionarse una tecnología nuclear aumenta. Precisamente, por razones puramente económicas e industriales, así como para motivaciones de seguridad regional, y hasta de posibles *status* reconocidos a potencias que se hicieran nucleares, un gran número de países se han negado a firmar el TNP, y otros que lo han hecho han condicionado su ratificación en no pocos casos al acuerdo de salvaguardia, es decir, de que puedan procurarse con toda seguridad el nivel tecnológico y materiales energéticos de los países poseedores de ellos.

Hacerse con una instrumentación nuclear bélica se ha hecho relativamente barata, hasta el punto que no pocos países tendrían más dificultades de la técnica que de su financiación. Esta obra precede al estudio del nivel prenuclear en que se encuentran una quincena de países que, sin demasiadas dificultades, podrían hacerse nucleares en cuestión de pocos años, disponiendo como disponen de plutonio, subproductos de los reactores nucleares de investigación o para uso pacífico. Son la India, Pakistán, Israel, Egipto, Sudáfrica, Japón, Australia, España, Brasil, Argentina, Alemania Federal, Italia, Holanda, Bélgica y Suiza.

Con explicaciones tecnológicas mínimas, y más abundantes en algunos apéndices, tenemos un magnífico manual para la comprensión de esta candente cuestión.

T. M. V.

JAMES W. CORTADA: *Relaciones España-USA, 1941-45*. DOPESA, Barcelona, 1973, 205 pp. (Documento Periodístico, 43).

Lo primero que hay que decir es que el título es manifiestamente exagerado, puesto que se cierne a un aspecto muy concreto de las relaciones España-USA durante la II Guerra Mundial, cual fue la cuestión del envío de volframio español a Alemania, que los norteamericanos querían que disminuyese o incluso cesase por completo; y como la pugna en torno a esta grave cuestión se centró entre mediados de 1943 y mediados de 1944, es este álgido año compuesto de dos medios años el que se examina. Pero, en cierto modo, también se plantea la actitud de Gran Bretaña en este caso, que era menos impetuosa, y sirvió de freno a los Estados Unidos, o sea, de apoyo a España, en este caso, sobre todo cuando trató de suavizar y hasta de romper el embargo de petróleo que Washington impuso como castigo a los envíos del famoso mineral a la Alemania. En definitiva, lo que más decidió el asunto, a pesar del virtual éxito del ultimátum estadounidense, fue el desembarco de Normandía, que pronto obligó a los alemanes a retirarse de los Pirineos.

A pesar del aparato bibliográfico que acompaña, el libro está montado en gran parte sobre las famosas Memorias del embajador norteamericano en Madrid, que fue el historiador Carlton J. H. Hayes, durante el conflicto mundial, y que tan poco caso parecían hacerle en el Departamento de Estado (que el traductor se empeña en presentarnos como «Ministerio», y, lógicamente, al secretario como «ministro»). Sobre la carrera diplomática de este embajador le dedica, a modo de apéndice, un muy amplio capítulo, correlacionando o contrastando sus aventuras y desventuras con la de su otro congénere y colega anglosajón, sir Samuel Hoare, que fue el

representante de Londres. Más antifranquista éste que aquél, resultó más antifranquista la política de USA que la del Reino Unido. Ante ello, uno se interroga si los diplomáticos sirven para algo, a no ser como contraguía espiritual de las alturas jerárquicas.

Los Estados Unidos, siempre en su absorbente y unidimensional visión de las cosas que le afectan, quería imponer su política a España, a un país destruido por la guerra, apenas con capacidad de exportación, y que uno de sus productos de mayor valía era precisamente el volframio, material, desde luego, estratégico, sobre todo para los alemanes, que habían visto interrumpidos sus suministros al atacar a Rusia. El volframio procuraba a España divisas esenciales para comprar el propio petróleo y víveres en los Estados Unidos. Portugal, pro aliado, también vendía a Alemania, aunque fuera en menor cantidad. Que el mineral urgía a los alemanes lo demuestra que, a cambio suyo, enviaban armas y trigo cuando más necesitados estaban de ellos. Y así pudo servir para presionarlos a efectos de retirar la División Azul del frente ruso (que tanto querían los norteamericanos), pues, al fin y al cabo, su retirada era menos sentida que la disminución de los envíos de volframio. Este aspecto apenas si se apunta, al igual que un reciente libro de Raymond Proctor apenas si llega a mencionar el asunto volframio en las relaciones hispano-alemanas en la guerra mundial y la División Azul como fondo.

Para el autor, España—su diplomacia—se adjudicó «una importancia totalmente desproporcionada durante la guerra mundial en cuanto a su influjo (...). Ninguna de las grandes potencias puso demasiada

atención en ese país». Tiene más razón en la primera afirmación que en la segunda, pero tiene razón. En las negociaciones del volframio, «el general Franco no parece haber jugado un papel demasiado activo. La evidencia futura puede demostrar que ha sido todo lo contrario». Me parece que también tiene razón. «La personalidad más enigmática de las que intervinieron en las conversaciones del volframio fue Carceller.» Probablemente, «Hoare es tal vez el ejemplo del hombre que alcanza distinción por su ineptitud». ¡Ele! (Claro que si leemos

a Hoare, dice que el inepto es el embajador alemán.) En fin, «mientras que los aliados y Alemania recibieron favores de España, fue ésta la que con sus excelentes diplomáticos y su bien orquestada política exterior logró un verdadero triunfo en las negociaciones del volframio. Personas como Hitler, Hoare y Hayes no eran adversarios de talla para la astucia de Franco o Jordana». En esto estamos completamente de acuerdo.

T. M. V.

MICHAEL PALMER: *The Prospects for a European Security Conference*. Chatham House: PEP, Londres, 1971, 107 pp. (European Series núm. 18, junio 1971).

El autor, funcionario internacional y especialista en la materia, aborda la candente cuestión de la propuesta Conferencia de Seguridad Europea (CSE). Por tal se entiende los países de la OTAN (con los Estados Unidos y Canadá) y los del Pacto de Varsovia, así como otros, incluso todos los demás estados europeos, incluyendo las islas de Malta y Chipre, aunque la participación albanesa y tal vez algún otro país sea problemática, al menos cuando escribía este libro.

De la misma manera, la palabra «seguridad» significa cosas diferentes para las distintas partes, y aun dentro de éstas. Así, por ejemplo, en el caso rumano, «seguridad» significaría una protección contra una invasión soviética, y lo mismo, posiblemente, para otros países de la Europa oriental. Por eso, algunos de los mayores problemas con que ha chocado la propuesta de conferencia se habrían obviado de no figurar la palabra «seguridad». El autor lamenta que no se hubiera utilizado un nombre más neutro como el de «Conferencia sobre Relaciones Este-Oeste»,

o «Conferencia Pan-Europea», o simplemente «Conferencia».

En las presentes circunstancias, los dos bloques implican intentos de garantizar la preservación en Europa de sistemas geopolíticos e ideológicos separados. El autor es escéptico en que los propósitos básicos de una «seguridad europea» sean alcanzables en un próximo futuro.

Hace una historia sintética de la problemática y sus principales aspectos desde el final de la II Guerra Mundial. Luego estudia los motivos de la Europa oriental y los occidentales; en fin, la preparación de una conferencia con su orden del día. Puede afirmarse que el movimiento en favor de tal conferencia ha ganado ímpetu desde la Declaración de Budapest, en julio de 1966, para el Reforzamiento de la Paz y la Seguridad. Durante el verano de 1970, el margen que separaba ambas partes se ha estrechado considerablemente, pero las cuatro potencias decidieron archivar la cuestión en diciembre del mismo año, en tanto la URSS no hiciera concesiones sobre Berlín. Muchas de estas distensiones se

han conseguido luego, incluso después de publicado este libro. Sin embargo, la posición del autor sugiriendo que la presunta conferencia europea tendría que hacerse en un contexto más general como el de las cuatro potencias sobre Berlín (aunque ya se haya llegado a un acuerdo), las SALT, etc., ya que el problema es más amplio, a no ser que se resuelvan previamente muchos de los problemas, bilateral o multilateralmente.

Desde la publicación del libro ha llegado el semicolapso del dólar americano, con las amenazas de retirada masiva de fuerzas norteamericanas de Europa, lo cual quita fuerza de regateo en unas negociaciones de conjunto. Pero el problema de Oriente Medio está más en pie que nunca, y de ahí no parece que el incondicionalismo de Washington vaya a desinteresarse.

T. M. V.

DANIEL PAULUS: *Les Milieux dirigeants belges et l'adhésion du Royaume Uni aux Communautés Européennes*. Institut d'Etudes Européennes, Université Libre de Bruxelles, Editions de l'Institut de Sociologie, 1971, 331 pp. (Thèses et travaux politiques).

El proceso de la integración de los «Seis» ha sido siempre una carrera de obstáculos. La candidatura que Gran Bretaña presentó para su integración a la CEE en 1961 y 1967 movilizaron un máximo de energías confrontadas en el seno de la Pequeña Europa. Cada uno de sus miembros interpretaba la adhesión de la isla en un sentido de reforzamiento o debilitamiento de su propia posición, es decir, que les obligaba a redefinir sus intenciones. Bélgica fue el país que con más ahínco sostuvo la candidatura británica. Lo que este libro trata de demostrar es de si las realidades belgas no eran más complejas y matizadas.

El deseo de acoger al Reino Unido está desigualmente repartido en el seno de los principales grupos dirigentes del pequeño país, y en su análisis se ponen igualmente de manifiesto la diversidad de motivaciones que se encuentran en la base de las actitudes, así como el impacto y causa de los fracasos de enero de 1963 y diciembre de 1967. El estudio pone su acento pre-

cisamente —y deliberadamente— en lo que se distingue del estereotipo que hace a Bélgica una incondicional del ingreso británico, del *allié de toujours*. Esta obra ha procedido al escrutinio sistemático de los órganos de prensa, declaraciones y documentos procedentes o relacionados con los diferentes grupos estudiados.

Los medios dirigentes analizados han sido elegidos según el doble criterio del rol que vienen normalmente desempeñando en la vida pública belga y de su interés con respecto a los problemas europeos. En esencia, son los tres partidos tradicionales: organizaciones agrícolas, sindicatos, medios de negocios, así como del Gobierno y del Parlamento. El período que se cubre va de julio de 1961 (cuando Macmillan solicita la negociación) a diciembre de 1968, si bien los principales acontecimientos de 1969 son brevemente analizados. No alcanza, por tanto, a la victoria del partido conservador británico en junio de 1970, con unas intenciones claras respecto al Mercado Común Europeo, como se demostraría rápidamente, y desembocarían en

el ya prácticamente inevitable ingreso de Inglaterra. Eso no desmerece el libro, ya que no está escrito bajo la óptica del triunfo británico, si es que triunfo, pagado un precio suficiente de ingreso, puede llamarse. Una serie de anexos y de tablas hacen

del libro un magnífico trabajo de referencia para este tipo de problemas que se reproducen en todos los demás países, y puede, por consiguiente, servir de modelo.

T. M. V.

GEORGE THAYER: *El negocio de la guerra: el tráfico internacional de armas*. Plaza & Janés, S. A., Esplugas de Llobregat, 1971, 474 pp., bibliografía, índice.

En los últimos años ha surgido un interés en el estudio del comercio internacional de armamentos tanto en especialistas como en periodistas. George Thayer pertenece a esta última categoría y su libro corrobora esa tendencia.

De las cuatro partes de que consta su obra, la primera es una breve excursión histórica del comercio y tráfico de armas hasta la II Guerra Mundial, sobre todo desde Napoleón (y que por cierto no observamos ninguna referencia a la última guerra civil española). Entiende por armas o armamentos a «instrumentos tangibles, utilizados para matar gente en el campo de batalla: rifles, pistolas, tanques, artillería, aviones de caza y de bombardeo, misiles, barcos de guerra y explosivos», si bien en ocasiones justifica que trata de otros objetos, como «motores, maquinaria electrónica y demás instrumentos no letales».

El comercio de armas desde la II Guerra Mundial es el aspecto central del libro, cuya segunda parte describe la iniciativa privada en ese comercio, y la tercera, que titula «la burocracia armada», trata de las ventas oficiales, gubernamentales, camufladas o no, incluyendo un amplio epígrafe para las potencias comunistas. La última parte es de «conclusiones», presentando

un simple modelo de demanda de armas por los países del Tercer Mundo, sugiriendo ciertas medidas concretas para hacer disminuir este bélico comercio, considerando que el comercio particular es un anacronismo que no aporta ningún beneficio a la humanidad, lo cual no deja de ser una perogrullada. Pero lo principal es que la política armamentista estadounidense se sujete a principios básicos, sin lo cual todo género de propuestas o medidas quedarán sus efectos. Más de la mitad de los países del mundo deberían de dejar de ser abastecidos por Washington, limitándose a países seleccionados, y aun así, con armas selectivas para hacer frente a una amenaza, pasada la cual dichas armas deberían devolverse a USA o ser destruidas. Bajo ninguna otra circunstancia debería Norteamérica proceder a la entrega de armas. Esto nos parece un tanto candoroso, sobre todo cuando agrega que las amenazas directas tendrían que ser comunista, anárquica o fascistas, es decir, para la defensa de la democracia. El autor tal vez no se haya dado cuenta que USA ha jugado y viene jugando con la amenaza comunista, real o ficticia, para implantar regímenes autoritarios cuando no fascistas, aunque la primera víctima sea la propia democracia.

El libro de Thayer, cuando no se dedica a esta serie de pontificaciones, es decir, que se dedica a abordar directamente la materia del «negocio de la guerra», es un estupendo aunque un tanto abiga-

rrado libro que sirve de buen termómetro para medir los altibajos de las temperaturas conflictivas de nuestra época.

T. M. V.

MICHAEL KASER y JANUSZ G. ZIELINSKI: *La nueva planificación económica en Europa Oriental*. Alianza Editorial, Madrid, 1971, 224 pp. (El libro de bolsillo, 349).

La economía de lo que hoy son países de la Europa Oriental bajo tutela soviética no sólo difiere de sus compañeras occidentales por estar emplazadas ambas bajo antitéticos signos ideológicos, sino que también diferían en grado antes de la guerra mundial, puesto que la economía de los países de Europa Oriental habían tendido a estar más sometidas a la intervención estatal que en otros países del continente, proceso que acentuó la Gran Depresión de los años treinta. El nacionalismo económico iba parejo con factores típicamente políticos en esta época.

La llegada e imposición del comunismo hizo que en adelante esas economías se vieran sometidas a factores nacionales e internacionales dentro del campo comunista. Una serie de acontecimientos forzaron o formaron parte de cambios en el control de la industria: expulsión de Yugoslavia de la Comintern (1948), muerte de Stalin (1953), sublevaciones en Polonia y Hungría (1956), estallido en público del conflicto chino-soviético (1960), en fin, la ocupación de Checoslovaquia en 1968. El período de tres años entre la desaparición de Stalin a las grandes crisis de 1956 vio aflojarse la presión soviética sobre sus Estados súbditos, eliminándose parte del excesivo y rígido centralismo en la dirección de la economía, mientras Rusia reducía sus pretensiones sobre los recursos de los satélites, se suavizaban los racionamientos y se revisaban los planes de pro-

ducción para favorecer en mayor grado a la población.

La destalinización empezada en 1956, el conflicto con Pekín y la invasión de Checoslovaquia hicieron que los países socialistas de dicha región buscaran nuevas orientaciones, a veces no sólo de tipo económico. En las dos décadas que van hasta 1969, la industria de Europa del Este ha conocido cuatro tipos de administración socialista, centrándose en distintos países. Así se habla del modelo húngaro, modelo yugoslavo, etc. Por supuesto, esos sistemas también evolucionan y existen países eclécticos. Esos cuatro sistemas, de poder resumirse en una palabra cada uno, se llamarían, según la relación de la empresa con la estructura política, así: burocrático, tecnocrático, administrativo y sindicalista. Sin embargo, la asociación entre liberalización política y descentralización económica no es ni sencilla ni directa.

Sobre estas bases, el libro pasa a analizar y confrontar los distintos países en las siguientes materias: nacionalización y planificación central (hasta antes de comunización), niveles de autoridad (PC, banca, autoridades locales, contabilidad), planificación, objetivos, precios, directrices o competencias, finanzas, directivos y obreros. Unos apéndices, una bibliografía y un índice alfabético coronan esta obra breve, clara y profunda.

T. M. V.

ZBIGNIEW BRZEZINSKI y SAMUEL P. HUNTINGTON: *Poder político USA-URSS: semejanzas y contrastes* (2. vols.). Ediciones Guadarrama, 1970, 604 pp. (Col. Punto Omega, 92 y 93).

Los dos coautores son expertos de primera fila en asuntos internacionales. La idea del libro les surgió en 1959 y fue cobrando cuerpo en los primeros años de los sesenta. El propósito era proceder a la comparación de los sistemas políticos de los dos colosos mundiales desde el punto de vista pragmático, real. Tratan de responder a tres preguntas básicas con dicha finalidad: cuáles son las semejanzas y las diferencias de ambos sistemas políticos; cuáles son los puntos fuertes y los puntos débiles de cada sistema, y si tienden o no a converger dichos sistemas.

Estrechamente relacionadas, se desgajaría otra procesión de cuestiones: la ideología como guía o no; educación de los ciudadanos; su participación en la política; nivel de alienación y disenso; profesionalidad de los líderes políticos; métodos de reclutamiento de los políticos; papel de los políticos profesionales, burócratas civiles, jefes militares, directivos industriales, intelectuales y opinión pública en la formulación de la política; nivel de coherencia y sentido en la política; introducción de novedad y flexibilidad en la política...

Ambos especialistas han tratado conjuntamente este magnífico estudio, no circunscribiéndose a un reparto previo. De las dos partes de que consta la obra (una por volumen), la primera aborda el sistema político desde los ángulos de las ideas políticas y política del individuo, del mando político y del poder; la segunda estudia la dinámica del poder en sus respuestas a crisis comunes: lucha por el poder (con

los casos de Krushev y Kennedy), la ambivalencia del poder (la pugna de Krushev por los bienes de consumo y la de Kennedy por los derechos civiles), el intratable problema de la agricultura, la presión de los militares (casos Mac Arthur y Zhukov) y los dilemas en política exterior (los casos de intervención: Cuba y Hungría) y el trato con aliados (Francia y China).

Unas amplias conclusiones en cierta medida divergen de la introducción, pero esto ya lo hacen constar sus propios autores, lo que demuestra el tiempo que tomó la obra y su tratamiento nada escolástico. Afirmar que los sistemas soviético y norteamericano han tenido un gran éxito, cada uno a su modo, y, en consecuencia, no es probable que cambien drásticamente, y esto es lo que se requeriría para que la llamada teoría de la convergencia fuese efectiva. La condición humana es demasiado compleja para dejarse reducir a una simple interpretación socioeconómica y política. Es la evolución y no la convergencia de los sistemas lo que parece ser la pauta, tranquila, nada dramática, para el futuro. Estas conclusiones no serán difíciles de aceptar.

La obra está magníficamente traducida, si bien son inevitables ciertos baches: «mayor», en vez de comandante; «ministro diputado», en vez de viceministro; «escenario» de un filme, en vez de guión... También es probable que el original llevase una bibliografía como tal y no sólo la de las notas de los capítulos.

T. M. V.

HARTMUT WEYER: *MSB-Spartakus*. Stuttgart-Degerloch, 1973, Heinrich Seewald-Verlag, 132 pp.

MSB-Spartakus significa «Unión Marxista de Estudiantes SPARTAKUS», siendo una de tantas organizaciones o de tantos movimientos surgidos en los últimos años, tanto a escala nacional como internacional, cuyos fines se manifiestan entre la protesta y la lucha de clases. En todos los países —y aún más en la RFA— se consideran como una especie de «auténticos» demócratas. En otros países adoptarán nombres distintos para «distinguirse», pero el fondo de sus protestas apenas varía de frontera a frontera. El desarrollo de este movimiento político, si así se puede llamar, lleva a la pregunta de si se trata de una crisis cultural o de una lucha de clases.

La estrategia del MSB-Spartakus consistiría en una «democracia antimonopolística», entonces se propugnan una serie de reformas económicas y políticas que, en realidad, constituyen el campo de batalla contra los monopolios. Entre las tácticas figuran: la coexistencia pacífica y el concepto marxista de la ciencia, la lucha ideológica, los sindicatos, la revolución «científico-técnica», reforma de la enseñanza, introducción a la lucha de clases y otra vez los «auténticos» demócratas.

La universidad es el escenario de las tendencias sociales opuestas y contradictorias, dentro de la contradicción entre democracia y orden autoritario, entre progreso y estancamiento... La autonomía de la universidad no debe acabar en una neutralidad formal consistente en una independencia jurídica respecto del Estado, sino más bien ha de disponer de la libertad frente a las maquinaciones mediante intereses sociales particulares.

El partido «obrero» y el «socialismo realmente existente» son, desde 1965 aproximadamente, las nuevas autoridades para el universitario. Este ha «descubierto la verdad», la «única verdad»: el marxismo-leninismo. En todos los países el objetivo es el mismo: destrucción del actual orden social y político. Y, por supuesto, la alternativa que se presenta a los nuevos profetas de la lucha de clases se vislumbraría como sustitución del actual orden político y social o por el sistema marxista-leninista de orientación soviética o de mao-tsétunguista, según las circunstancias de un momento a otro, conforme a la fuerza «persuasiva» desde el punto de vista ideológico.

Formalmente, el movimiento estudiantil SPARTAKUS acierta en afirmar que ha nacido un nuevo movimiento a este nivel. Rebelión no es revolución, puesto que la rebelión se limita a reclamar reformas bien justificadas; en tal caso, ya no se trataría de derrumbar el orden vigente, sino tan sólo de perfeccionarlo. Por esta razón, los resultados catastróficos de las elecciones generales en la RFA para el Partido Comunista Alemán (no de «Alemania»), de noviembre de 1972, obligará al SPARTAKUS a rectificar sus manifestaciones teóricas y, al revés, buscar apoyo en la escena internacional para conseguir sus verdaderos propósitos. Siempre en conexión con el comunismo. Las posiciones no se aclararán hasta dentro de unos diez años; mientras tanto, hay que contar con una nueva ola de agitación en las universidades.

S. G.